

NEOCONSERVATISMO E IDENTIDAD EUROPEA (UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA)

Pedro Carlos González Cuevas

1. Introducción

El europeísmo de España, la vocación de nuestro país de colaborar en la construcción política europea, la función de nuestro continente en la configuración de un mundo más estable, ha sido, y sigue siendo en estos momentos, uno de los valores de las diversas situaciones políticas españolas. El “mito” de Europa fue operante, primero, sobre minorías ilustradas y liberales; y luego sobre otros sectores políticos y minorías intelectuales. Naturalmente, el “mito” actuaba de manera diversa sobre los distintos sectores sociales y sobre los grupos de ideología diferente. En el plano político había un europeísmo de izquierdas y otro de derechas. Frente a un prejuicio sostenido desde diversas perspectivas ideológicas, también la extrema derecha española, arropada con frecuencia en la capa del casticismo más absoluto, ha buscado su inspiración en fuentes europeas. En su vertiente más creativa, que es la que arranca de Donoso Cortés y Balmes, el tradicionalismo ideológico español tiene su inspiración en pensadores y movimientos surgidos originalmente fuera de nuestro país. Y era tan europeos como pudieran ser los ilustrados, liberales o, posteriormente, los krausistas. Lo que les separaba de sus adversarios no era tanto el carácter supuestamente no europeo de su producción ideológica, sino su rechazo consciente de la tradición liberal e ilustrada y de la concepción de Europa orgánicamente ligada a ésta. Pero no la formación histórica europea de nuestra cultura. En ese sentido, no debemos olvidar tampoco que, durante el período llamado de entreguerras, operó también, y con no escasa eficacia, el mito de la nueva Europa, que fue uno de los grandes filis del fascismo europeo, la Europa del “nuevo orden”. No es extraño que en España, tras la guerra civil y el triunfo del bando llamado “nacional”, florecieran, al socaire del proyecto del “nuevo orden” numerosas asociaciones de amistad internacional¹. Sin embargo, al final de la II Guerra Mundial, la opción proeuropeísta iba a suponer, aunque solo

¹ “Spagna contemporanea”, 1998, n. 13, pp. 41-60

momentáneamente, en la España franquista una negación de los valores postulados por el régimen y una adscripción a posiciones políticas que podían conformar una oposición. Ante la primera plataforma ideológica y activista del europeísmo, la que representó el Movimiento Europeo y su famoso Congreso de La Haya, España estuvo marginada. Solo tuvieron participación en aquel principio determinados grupos del exilio: socialistas, nacionalistas vascos, republicanos, etc. El europeísmo venía a ser, pues, el terreno de reclutamiento de la oposición y, en general, de la oposición liberal-burguesa y socialista. E incluso llegaría a cumplir, en lo sucesivo y en un determinado momento, la función política primordial de ser uno de los factores de coincidencia y de convivencia entre un amplio sector de la izquierda y de la derecha más liberal. Se ha dicho con frecuencia, en ese sentido, que la famosa reunión de Munich, en la que participaron Llopi, Gil Robles y Madariaga, supuso, al menos para los sectores que se sintieron representados en su seno, supuso la manifestación pública de la superación de la guerra civil.

Ello no fue, sin embargo, una constante histórica. En el propio régimen franquista, a tenor de su evolución interna, y siempre en relación con la coyuntura internacional, tras el período de aislamiento que siguió al final de la II Guerra Mundial, va a tener lugar un proceso de asunción y tecnificación de los planteamientos y del tema europeístas, estrechamente relacionados con las propias necesidades estructurales del sistema capitalista español de integrarse en la Comunidad Económica, y de defensa frente al comunismo. Esta transformación va a corresponder al cambio operado en la misma edificación de Europa a partir de los años Cincuenta y al relevo de la clase dirigente española, que pasa de los falangistas a miembros del catolicismo político y a los tecnócratas del Opus Dei. En este proceso van a tener un importante papel los miembros del grupo que, en otro lugar, hemos denominado “neoconservador” o nueva derecha monárquica².

2. *La nueva derecha española y el europeísmo conservador*

El relanzamiento y actualización del conservatismo español va a producirse en el momento en que el régimen franquista se encuentra en un período de transición desde el matizado totalitarismo de su primera etapa hasta el autoritarismo conservador que iba perfilándose desde el final de la II Guerra Mundial, cuyo máximo exponente sería el Fuero

1. J. Beneyto, *Las asociaciones de amistad internacional durante el franquismo*, “Revista de Estudios Políticos”, n. 71, enero-marzo 1991, pp. 197 y ss.

2. P.C. González Cuevas, *Perfil ideológico de la derecha española (Teología política y orden social en la España contemporánea)*. Tomo III, Madrid, Universidad Complutense, 1992, pp. 1100 y ss

de los Españoles y la Ley de Sucesión, gérmenes de su posterior proceso de institucionalización política, adaptándose al nuevo período de “guerra fría” que iba abriéndose camino en el horizonte institucional. La alternativa neoconservadora, católica, monárquica, tecnocrática, autoritaria y partidaria de un matizado neoliberalismo económico, iba a concretarse alrededor de una serie de instituciones, como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y de revistas como “Arbor”, “Nuestro Tiempo”, luego en “Punta Europa” y “Atlántida” y, sobre todo, en la llamada “Biblioteca del Pensamiento Actual” ligada a la editorial del Opus Dei “Rialp”, y financiada por miembros cualificados de la alta burguesía financiera y de la nobleza, como Emilio Botín y el Conde de Gamazo, entre otros³. Los adalides de esta alternativa, que poseía numerosos apoyos en los aparatos del Estado, fueron Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez Embid, Gonzalo Fernández de la Mora, Vicente Marrero, Ángel López Amo, José Pemartín, Jorge Vigón, Antonio Fontán, Juan José López Ibor, José Ignacio Escobar — Marqués de Valdeiglesias — Santiago Galindo Herrero, Alvaro D’Ors, Antonio Millán Puelles, etc. El grupo neoconservador defendía una concepción política que pretendía mantener incólume el depósito de la tradición y de la ideología dominante, al tiempo que se mostraba partidario de la “modernización” de las estructuras económicas y administrativas sin poner en cuestión la estabilidad global del sistema político nacido de la guerra civil. Programa que se encargaría de definir inmejorablemente uno de los miembros más conspicuos del grupo, el historiador Florentino Pérez Embid, con el lema, que llegaría a hacerse célebre, de «españolización de los fines y europeización de los medios»⁴.

En ese sentido, la ya mencionada “Biblioteca del Pensamiento Actual”, dirigida por Rafael Calvo Serer, se encargó de difundir entre los círculos políticos del régimen y en la alta sociedad española las obras de autores conservadores europeos como Romano Guardini, Theodor Haecker, Etienne Gilson, Cari Schmitt, Aurele Kolnai, Amintore Fanfani, Christopher Dawson, Peter Wust, Fritz Kern, Henri Massis, Friedrich Herr, Goetz Brieffs, Charles Petrie, Russell Kirk, Karl Vossler, Waldemar Gurian, Karl Loewith, J.M. Bochenski, Joseph Pieper, Johannes Messner, Bertrand de Jouvenel, Herbert Auhof, Alois Dempf, Alain Guy, Cornelio Fabro, André Piettre, Werner Kraus, Eric Voegelin, Werner Jaeger, Graham Hutton, Freiherr von Gebattel, Frederick D. Wilhelmsem, Joseph Hoeffner, Victor Frankl, Reinhart Koselleck, etc. Una importancia paralela tuvieron, en ese sentido, los ciclos de conferencias, uno de los cuales tuvo como norte el tema del que a la sazón era director, luego publicadas en la colección de opúsculos titulada “O crece o muere”.

3. *Ivi*, p. 1150.

4. F. Pérez Embid, *Ambiciones españolas*, Madrid, Editora Nacional, 1953, p. 45.

A la invitación de Pérez-Embido acudió un representativo elenco de la “intelligentsia” conservadora y tradicionalista europea: Cari Schmitt, Christopher Dawson, Alois Depmf, Alexander Parker, Werner Kaegi, Eugene Schueller, Hjalmar Schacht, Anton Rothbauer, Thomas Burns, Edmund Schramm, Aurele Kolnai, Joseph Pieper, Bela Menczer, Alfonso Botelho, Michele Federico Sciacca, Pierre Herincourt, Gustave Thibon, John T. Reid, Fritz Valjavec, Luis Salleron, Frederich Voigt, Roberto Cantalupo, Michael Oakeshott, Casimir Smogorzewski, Charles Petrie, Georg Stadtamüller, Douglas Woodruff, Eric Ritter von Kübnelt-Ledihh, Otto de Habsburgo, Joseph Daumgartner, etc.

¿Cuáles eran los planteamientos que se desprendían con respecto a la idea europea de la mayoría de estas intervenciones? Ante todo, el parcial agotamiento del Estado-nación y la necesidad de estructuras supranacionales europeas como vehículo para el desarrollo económico y para contrarrestar la influencia del comunismo soviético.

El ciclo de conferencias comenzó con la intervención del gran constitucionalista germano Cari Schmitt, a quien Fernández de la Mora y Calvo Serer habían conocido en Bonn en 1948, cuyo tema a desarrollar fue el de *La unidad del mundo*. En su disertación, Schmitt se planteó el problema de la organización unitaria del poder y la bipolarización surgida de la II Guerra Mundial. En ese sentido, Cari Schmitt señalaba la necesidad de una “tercera fuerza” mundial y de una filosofía política que la sirviera de cimiento ideológico, basada en la “imagen cristiana” de la historia, tal y como se desprendía de las formulaciones de Donoso Cortés, Kierkegaard y Burckhardt, frente al marxismo soviético y el evolucionismo progresista propio del imperialismo norteamericano⁵.

Los supuestos europeístas y, en su caso, “cosmopolitas” fueron más explícitos en la intervención de Gonzalo Fernández de la Mora, que fue criticada por Schmitt como defensora de un “iusnaturalismo ingenuo”. Anteriormente, Fernández de la Mora, en un uno de sus primeros escritos, había criticado el ideal de autarquía económica como manifestación del egoísmo nacionalista, como la muestra más fehaciente del anárquico “robinsonismo internacional”⁶.

En su conferencia *La quiebra de la razón de Estado*, Fernández de la Mora abominaba de la secularización que había nutrido la política internacional desde la Reforma, a partir de la cual el Estado había dejado de estar sometido a las normas supremas emanadas del derecho natural, convirtiéndose la soberanía estatal en un fin en sí mismo, quebrando en orden por antonomasia, es decir, el “orden de Humanidad”.

5. C. Schmitt, *La unidad del mundo*, Madrid, 2ª ed., 1956, pp. 26 y ss.

6. G. Fernández de la Mora, *Robinsonismo y autarquía*, en “Mundo Financiero”, n. 8, 1 de diciembre de 1946.

De ello se deducía la necesidad de reconstruir la “razón de Humanidad” frente a la impía “razón de Estado” maquiavélica. Lo cual tenía su concreción política e histórica en la construcción de una comunidad de Estados, no fundada en el nacionalismo, sino en el cosmopolitismo y en el amor a la Humanidad, alternativa que, además, se veía favorecida por la evolución de la técnica y de la economía nacional, que abocaba cada vez más a la interdependencia de las naciones. Un Estado, en fin, universal como el que había preconizado el historiador británico Arnold Toynbee, vehículo de cooperación, paz y concordia: «Pretender configurar este mundo de hoy, empequeñecido por la geografía y la técnica, interdependiente, ávido de unidad y puesto en una histérica tensión de divisiones actuales, como las soberanías y la razón de Estado, es como querer construir un cerebro electrónico con un hacha de sílex. La única herramienta capaz de hacer habitable, bajo la protección del derecho, este mundo nuestro, es la razón de Humanidad»⁷.

Los supuestos cosmopolitas de Fernández de la Mora tendrían un desarrollo más amplio y sistemático en su obra más famosa, *El crepúsculo de las ideologías*. A su entender, el nacionalismo era una de aquellas ideologías declinantes. El nacionalismo no constituía tan solo una actitud inmoral, sentimental y, en el fondo, irracional, que respondía a una mentalidad primitiva, pre-lógica, sino uno de los factores más retardatarios a la hora de configurar una comunidad internacional acorde con las nuevas circunstancias sociales, económicas y culturales. La “racionalización” — en el sentido weberiano del término — que estaban experimentando las sociedades de Occidente, hacía obsoleto cualquier planteamiento de orden nacionalista. La “racionalización” avocaba necesariamente al cosmopolitismo, a la organización supranacional de la convivencia política e institucional. La unidad europea, la C.E.C.A., el Mercado Común eran ejemplos de la necesidad de superar los planteamientos más radicalmente nacionalistas y de que las tendencias cosmopolitas contemporáneas cristalizaran en instituciones concretas. La unidad europea era, en aquellos momentos, «la empresa supranacional de mayor aliento de nuestra época»⁸.

La crítica de los nacionalismos fue igualmente el principal argumento de la disertación del escritor católico José Miguel Azaola sobre *Complejos nacionales en la historia de Europa*. Era preciso superar los antagonismos intereuropeos e incluso superar la misma idea de Estado-nación. El nacionalismo era, en aquellos momentos, «la más grave enfermedad de Europa». «No queda más remedio que hacer un esfuerzo franco — concluiría Azaola — para superar los antagonismos, y que la gran familia europea,

7. G. Fernández de la Mora, *La quiebra de la razón de Estado*, Madrid, 1952, p. 44.

8. G. Fernández de la Mora, *El crepúsculo de las ideologías*, Madrid, Rialp, 1965, p.

no digo que olvide sus discordias pasadas, porque el pasado es siempre aleccionador, sino que ahogue los odios que el espíritu nacionalista extrajo de ellos para mayor desgracia de los pueblos»⁹.

Del tema de la identidad europea se ocupó, entre otros, el afamado escritor y filósofo británico Christopher Dawson, cuyas obras sobre el sentido de la historia europea eran conocidas en España desde los tiempos de la II República y fueron publicadas por la editorial Rialp. Dawson pronunció el 14 de noviembre de 1951 en el Ateneo sobre el tema de la *Situación actual de la cultura europea*. Dawson lamentaba la pérdida de hegemonía mundial por parte de las potencias europeas tras las dos guerras mundiales: «Hoy día, Europa se encuentra políticamente más débil y más dividida que en ningún otro período a partir del siglo X». Lo peor no era, sin embargo, la pérdida de su poder político, sino de su “caudillaje cultural”. Por otra parte, Norteamérica estaba convencida de su «superioridad cultural, representada por su concepto americano de la vida» y comenzaba a considerar a Europa como un área geográfica culturalmente atrasada, que «no sólo precisa dólares, sino métodos de organización social y de dirección cultural americanos». El enemigo estaba también dentro; Europa, sobre todo en sus capas intelectuales, había perdido la fe y la confianza en sus propias tradiciones y valores culturales, convirtiéndose, de hecho, en «el mayor enemigo de sí misma». La crisis de Europa era preciso entenderla, sin embargo, a un nivel mucho más profundo. La cultura europea no había sido nunca una cultura esencialmente unitaria; el continente europeo había constituido históricamente una «sociedad de pueblos unidos, por una tradición espiritual común», cuya existencia dependía del mantenimiento de un doble equilibrio entre la fuerza centrífuga de los nacionalismos y las tradiciones comunes que configuraban su unidad profunda. Aquellos principios unitarios no eran geográficos, ni raciales, ni políticos, sino espirituales; los principios religiosos, es decir cristianos. La pérdida de la unidad religiosa con la Reforma no destruyó esencialmente aquel equilibrio configurado, en un principio, por el cristianismo. La tradición común pudo conservarse a través del humanismo renacentista, que poseyó «un carácter paneuropeo internacional». No obstante, el dualismo entre religión y cultura inaugurado por la Reforma, y que permaneció latente en el humanismo, contenía el peligro de secularización, de immanentismo, que llevaría a cabo, con la Ilustración, «un movimiento que negaba las verdades eternas del cristianismo, los valores morales del humanismo y las convenciones históricas de la cultura europea». La revolución francesa, el nacionalismo secular, el socialismo marxista eran los frutos de aquel proceso de secularización, que había socavado los principios esenciales de la cultura europea.

9. J.M. Azaola, *Complejos nacionales en la Historia de Europa*, Madrid, 1952, p. 52.

Dawson no veía otra posibilidad de restaurar la unidad europea que el retorno a las tradiciones católicas, proyecto que juzgaba previo y superior a cualquier planteamiento de organización económica o política que planteara una eventual federación de los estados europeos: «La última palabra en los problemas humanos siempre pertenecerá al poder espiritual que trasciende tanto el orden de la naturaleza como el orden de la cultura y proporciona a la vida humana su significación y finalidad definitivas. Sólo mediante los fines espirituales, los valores morales y la acción social, es como Europa podrá superar su crisis cultural presente, debido ante todo a la contradicción entre el desarrollo del poder técnico y la pérdida del propósito espiritual»¹⁰.

Con respecto a las formas políticas, las disertaciones pretendieron tener un cariz inequívoco. El filósofo político británico Michael Oakeshott, en su conferencia sobre *La idea de gobierno en la Europa moderna*, hizo hincapié en los puntos de vista comunes sobre el comportamiento de los gobiernos europeos, que, por encima de sus indiscutibles diversidades, en todos los sistemas políticos de la Europa no comunista. Lo fundamental era el principio de que los gobiernos debían estar constituidos de tal manera que «sus súbditos los reconozcan de algún modo, no como un poder ajeno, sino como su propio gobierno». Este principio abarcaba las tres premisas fundamentales de la práctica y del pensamiento europeo sobre la “soberanía”, la “democracia” y el “nacionalismo”¹¹.

Indudablemente, la Monarquía ocupaba un lugar importante en la configuración de aquella Europa conservadora. Ya Gabriel Maura — Duque de Maura, hijo de estadista conservador de la Restauración — había planteado la funcionalidad de la institución monárquica en su obra *La crisis de Europa*, escrita en 1948 y publicada por Rialp en 1952, de cara a la constitución de una federación europea que sirviera de dique contra el comunismo. Maura se remontaba a 1907 para explicar la situación de crisis europea y se mostraba, aunque matizadamente, opuesto a los regímenes de dictadura permanente. En ese sentido, el fascismo, al que había exaltado en anteriores obras, era visto ahora como una “catástrofe”, en parte por el “empirismo drástico” que caracterizó a su ideología. Tras la Guerra Mundial, Europa, según Maura, había ya recuperado la esperanza, aunque no la estabilidad social y política, que solo podría venir a través de la susodicha federación, a la que podía servir de cauce la Monarquía.

10. C. Dawson, *Situación actual de la cultura europea*, Madrid, 1956, pp. 15 y ss. Sobre la interpretación de la cultura europea, fue también interesante la conferencia del alemán G. Stadtmüller, *Los fundamentos históricos de la unidad europea*, Madrid, 1956.

11. M. Oakeshott, *La idea de gobierno en la Europa moderna*, Madrid, 1955, pp. 13 y ss.

El último capítulo de la obra llevaba por título *Utilidad y misión de la Monarquía*. La Monarquía era, en ese sentido, para Maura: «La reconciliación después de lo pasado, la estabilidad en lo presente y el equilibrio para lo porvenir»¹².

Tres años después, el 18 de abril de 1955, presentado por el propio Pérez Embid, Roberto Cantalupo, antiguo embajador de la Italia fascista en la España de Franco, desarrollaba, en el Ateneo, el tema de la *Actualidad del retorno de las Monarquías en Europa*. A juicio del político italiano, «las monarquías han cobrado de nuevo actualidad como posibles soluciones de la enorme tragedia histórica originada por la incapacidad del hombre libre de la segunda mitad de este siglo XX, para establecer un régimen político y técnico, económico y moral adecuado a la sociedad moderna y válido para la mayoría de sus componentes», para contrarrestar la «incapacidad e insuficiencia de los regímenes ultrademocráticos», «incapaces de poner un límite al comunismo». La virtualidad de la Monarquía, en aquellos momentos, era, precisamente, llevar a cabo por sí misma una demarcación política, excluyendo de su seno a la revolución, y en concreto al comunismo. El régimen monárquico podía ser contrarrevolucionario, incluso reformista; nunca revolucionario, ya que dejaba avanzar «las ideas sociales, pero frenándolas»; ponía límites «a la carrera del socialismo, que de otro modo hubiera sido solo revolución y comunismo, es decir, nueva fuente de otra esclavitud popular». La situación europea era la consecuencia práctica de las premisas ideológicas demoliberales y de la segunda guerra mundial, la alianza militar de las democracias y el comunismo: «El viejo liberalismo ha puesto en peligro de muerte la libertad, pecando de exceso de credulidad». La Monarquía, por sus propias características, era la solución a la problemática social; porque constituía un poder neutro, situado por encima de las clases sociales y de las discordias civiles, capaz de servir, por tanto, de moderadora entre éstas, y garante, en virtud de dicha neutralidad, de la reforma social que las sociedades europeas necesitaban si querían salvarse de la amenaza comunista: «(...) la simple aparición en el horizonte de la mediación monárquica entre capital y trabajo, entre empresa y beneficio, entre dinero y conciencia, entre la tierra y el hombre, es ya un inicio de pacificación». El retorno, de las monarquías supondría, en ese sentido, la vuelta a «una política social no impuesta por una parte contra otra, no violencia de una clase contra otra, sino composición armónica del progreso de los trabajadores y del capital». No menos decisivo era el papel de las monarquías a nivel internacional, constituyendo un cauce para la necesaria federación europea, «precisa para la unidad de nuestro continente, ahora que las medidas nacionales y las dimensiones de los Estados no son ya suficientes para garantizar vastas zonas

12. Duque de Maura, *La crisis de Europa*, Madrid, Rialp, 1952, p. 161.

del mundo que han superado ya hace muchos años las diversas dimensiones nacionales». «La Federación Europea será llevada a cabo — señalaba Cantalupo — por las monarquías o no tendrá vida, porque solo las alianzas múltiples entre los Estados monárquicos pueden permitir a las fuerzas políticas superar sus diferencias y distancias ideológicas, insalvables en el ámbito de la dialéctica de los partidos». La restauración de la Monarquía supondría asimismo, en fin, el «retorno de las minorías», de las auténticas aristocracias, es decir, de «las clases dirigentes educadas en la continuidad histórica», «sin las cuales las naciones de nuestro continente perdieron la capacidad de todo gobierno»¹³.

La problemática de la Europa del Este tampoco pasó inadvertida entre los conferenciantes. El economista polaco Casimir Smogorziewski planteó aquella problemática en su conferencia *Pensamientos y esperanzas de la Europa cautiva*. Smogorziewski comenzó estableciendo una serie de paralelos históricos entre Polonia y España, y por supuesto, entre los planteamientos políticos y la personalidad del general Josef Pilsudsky y los del general Franco, como adalides consecuentes del anticomunismo. El economista polaco denunciaba, a continuación, el fracaso de la Europa nacida de los tratados de Versalles, Saint Germain y Trianon, a causa de la «ausencia de un plan de integración política y económica continental» y, sobre todo, de la manifiesta insolidaridad de la Europa del norte, industrial, con respecto a la oriental, agraria, destinando a ésta última a «ser víctima de tendencias económicas centrífugas o a permanecer en el estancamiento que predominaba en algunos de sus opresores». De la misma forma, denunciaba la incapacidad de la Alemania de Hitler, en el momento de la II Guerra Mundial, para concebir y ejecutar una auténtica política de liberalización de los pueblos oprimidos por el comunismo soviético, convirtiéndose, de hecho, en «un relevo de los guardianes de la cárcel».

En realidad, la Europa oriental fue la gran perdedora de la II Guerra Mundial en favor de la Unión Soviética, cuya política de industrialización — necesaria, por otra parte — se hizo en exclusivo «interés estratégico ruso». La industrialización era históricamente necesaria, lo mismo que las reformas agrarias, pero no la perspectiva colectivista con que había sido llevada a cabo. «Lo que tendrá que desaparecer en absoluto, y será fácil hacerlo en un régimen de libertad, es la colectivización de la agricultura. La idea de proletarianizar los campesinos y de transformar los pueblos en fábricas de grano es, en cualquier caso, absurda y no se puede llevar a cabo en ninguna parte». Smogorziewski veía en los Estados socialistas a gigantes con los pies de barro, que tan sólo podrían subsistir bajo la tutela de la Unión Soviética:

13. R. Cantalupo, *Actualidad del retorno de las Monarquías en Europa*, Madrid, 1955, pp. 17 y ss.

“Saben bien que si cesaran de proteger a los regímenes satélites y se hicieran elecciones verdaderamente libres, en la Europa cautiva, esos regímenes desaparecerían de la superficie de la tierra con una facilidad que sorprendería al mundo”. Por ello, instaba a los gobiernos europeos a una política de apoyo a la resistencia anticomunista. Sólo la liberación de la Europa del Este haría posible «la reconstrucción de Europa, el renacimiento de nuestro continente por su integración política y económica». Deberían exigir a la Unión Soviética «la restauración del reinado del derecho y de la libertad de la Europa cautiva», tomando esta petición el carácter de un “ultimatum”. Y declarar ilegales a los partidos comunistas europeos «y otros grupos de obediencia moscovita», abandonando, en fin, la política de coexistencia, que equivalía, en la práctica, a la tolerancia del enemigo total¹⁴.

Aunque existieran con anterioridad asociaciones de carácter europeísta, estas inquietudes de los conservadores franquistas, monárquicos y/o vinculados a los propagandistas católicos, no tuvieron un cauce organizativo regulado hasta 1952, año en que el Ministerio de Asuntos Exteriores, bajo la égida del católico Alberto Martín Artajo, decida impulsar la creación de un organismo que canalice y coordine las actividades del europeísmo franquista. Nació, entonces, el Centro de Documentación e Información (C.E.D.I.).

3. *El C.E.D.I. y plataforma del europeísmo conservador*

La fundación del Centro Europeo de Información y Documentación tuvo lugar en Santander en agosto de 1952 en su primer congreso, celebrado en la Universidad Menéndez y Pelayo, que versó sobre el tema *Estudios de la situación política, económica, social y cultural europea*. Su iniciador fue Alfredo Sánchez Bella, hombre del Opus Dei, entonces director del Instituto de Cultura Hispánica y posteriormente ministro de Información y Turismo. La idea de fundar una organización de carácter europeísta había surgido el año anterior en el transcurso del Congreso Eucarístico celebrado en Barcelona¹⁵. Pronto, estas reuniones se institucionalizaron con periodicidad anual, las ideas se fueron sedimentando, clarificando hasta llegar a construir un cuerpo de doctrina.

Los fines del Centro Europeo de Documentación e Información eran los de postular «dentro del orden jurídico internacional cristiano, la cooperación más estrecha entre las diferentes naciones europeas»; promover «el estudio de los problemas políticos, económicos y sociales que

14. C. Smogorzewski, *Pensamientos y esperanzas de la Europa cautiva*, Madrid, 1955, pp. 25 y ss.

15. A. Sánchez Bella, *Franco y la cultura* en “Razón Española”, n. 14, noviembre-diciembre 1985, p. 290.

afectan a Europa»; favorecer el «intercambio de documentos e información relativos a las realidades culturales y políticas de los diferentes pueblos de Europa, con asociaciones o entidades nacionales y extranjeras»; fomentar «el interés por los problemas europeos en la opinión española»; mantener «la relación con otros grupos europeos, constituidos para finalidades semejantes, bajo la inspiración del Derecho Público Cristiano»¹⁶.

El régimen de la asociación, que destacaba por sus rasgos jerárquicos, era el siguiente: la representación, el gobierno y la administración correspondía a la Junta de Gobierno, Consejo de Fundadores y Asamblea de Asociados. La Junta de Gobierno estaba compuesta de tres individuos como mínimo y nueve como máximo, elegidos por el Consejo de Fundadores, el cual fijaría en cada elección o reelección el número de miembros que habrían de constituirlos. El Consejo de Fundadores, sobre el cual recaía el peso de la soberanía, estaba compuesto de los dieciseis socios que fundaron la Asociación, siendo vitalicio el cargo. La Junta de Gobierno estaba compuesta por Alberto Martín Artajo (presidente), Marqués de Valdeiglesias (secretario general), Gonzalo Fernández de la Mora (vice-secretario general), Fermín Zelada (tesorero), Emilio Martín (vocal). Mientras que el Consejo de Fundadores lo estaba por José María Cordero Torres, Gonzalo Fernández de la Mora, Manuel Fraga, Jesús Fueyo, José María García Escudero, Antonio García de Pablo, Pedro Gómez Aparicio, Emilio Martín, Alberto Artajo, Conde de Montarco, Alfonso Osorio, Florentino Pérez Embid, Blas Piñar, Joaquín Ruíz Giménez, Alfredo Sánchez Bella, Federico Silva, Marqués de Valdeiglesias y Fermín Zelada.

Aparte de la delegación española, existieron delegaciones del C.E.D.I. en Alemania, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Grecia, Holanda, Portugal, Suecia, Austria, Italia, Filandia e Hispanoamérica y Estados Unidos.

Los centros nacionales eran completamente independientes y solamente estaban coordinados al Secretariado General y al Consejo Nacional del C.E.D.I. Políticos franquistas — representantes de las diversas “familias” del régimen: monárquicos, falangistas, católicos — social-cristianos bávaros y austríacos, la coalición popular francesa, democristianos italianos, torys británicos y conservadores iberoamericanos. Entre los españoles, destacaban Sánchez Bella, José Solís Ruíz, Raimundo Fernández Cuesta, Otero Navascués, Antonio Alcubilla, Gerardo Caballero, José María de Areilza, Correa Veglinson, Jorge Jordana, Miguel Echeagaray, Luis Sánchez Agesta, Jorge Vigón, Alberto Martín Artajo, Joaquín Ruíz Giménez, Marqués de Valdeiglesias,

16. Centro Europeo de Documentación e Información. Sección Española, “Estatutos”, Madrid, 1959, p. 6.

Manuel Fraga, Antonio Luna García, Jesús Fueyo, Luis García Arias, José Serrano, Nuño Aguirre de Cárcer, Enrique Larroque, Rodrigo Fernández Carvajal, etc.

Los conservadores alemanes estaban representados por Frh. von der Heydte, Wilhelm Wenger, Hans Joachin von Merkartz, Otto Roegele, Richard Jaeger, Gustav Gundlach, Otto Georg Pirkham, Alfons Dalma, Ernst Majonica, Franz Josef Strauss, Franz Heubl, Max Streibl (secretario general del C.S.U.), Conde Alois Waldburg Zeil, etc.

Austriacos: Otto de Habsburgo, Gustav Carnaval, Willy Lorenz, Alexander von Randa, Karl Herczeg, Ersi Hefel, Max Thum, Hermann Rippel, etc.

Belgas: Georges Dubois, Noel de Cleene, Robert Henri Fariel, Van Zeeland, Alain Stenmaus.

Franceses: François de la Nöe, André Toledano, Roger Millot, General Revers, Edmond Michelet, Michel Yver, François Perroux, etc.

Británicos: Sir John Rodgers, Geoffrey Rippan, Peter Agnew, Lord Colyton, John Mac Gregor, Bryan Wilson, Andrew Knight, etc.

Griegos: Basile Papadakis, Paul Economou-Gouras.

Holanda: E.W.P. van Dam van Isselt, A.G. Aukes, etc.

Italia: Giuseppe Vedovato, Giuseppe Togni, Mario Prisco, J.C. Dragan, Franco Malfatti, Carlos Scarascia Mugnozza.

Portugal: Adriano Moreira, Antonio Fernandez de Oliveira, Oscar Soares Barata, Joao Pereira Neto, Hermes Araujo Oliveira.

Suecia: James Schwarzenbach, Albert Munst, Gerard Bauer, Henri Riesen.

Estados Unidos: James Burnham, David Collier, Brent Bozell, Robert Strausz-Hupé.

Hispanoamericanos: Eduardo Víctor Haedo, Icaza Tijerino, Pablo Antonio Cuadra, Coronel Urtecho, Víctor Goytia, etc.

Entre los miembros del C.E.D.I. sobresalía también un sector de origen aristocrático: Marqués de Valdeiglesias, Conde de Motrico, Vizconde Van Zeeland, Simeón de Bulgaria, el Príncipe Georg von Waldburg-Zeil, el Conde Alois Walderburg-Zeil, Conde Josef Blankenstein, Conde Philipp Gudemos, Principe Hienrich R. Starhemberg, Condesa Elsa Thurn-Valsassin, Condesa de San Esteban de Cañongo, Conde Mario de Ledebur.

La figura elegida para presidir las reuniones del C.E.D.I. no podía ser más simbólica en ese sentido: el Archiduque Otto de Habsburgo, hijo primogénito del último emperador de Austria-Hungría. Nacido el 20 de noviembre de 1914, Otto de Habsburgo había vivido en España desde 1922 a 1929.

El C.E.D.I. contó igualmente con la colaboración de intelectuales conservadores como Luis Sánchez Agesta, Jorge Vigón, Jesús Fueyo, Juan Beneyto, Enrique Larroque, Rodrigo Fernández-Carvajal, Richard Jaeger, James Burnham, Jorge Icaza Tigerino, Pablo Antonio Cuadra, Louis Salteron, Marcel Clement, Fernández de la Mora, Jean de Fabregues, George Uscatescu, Wladimir D'Ormesson, Marcel de Corte, etc..

Desde 1952 a 1971 hubo veinte congresos anuales organizados por el C.E.D.I., los cuales tuvieron lugar en Santander, El Escorial, Valle de los Caídos, Madrid, Alvor (Portugal), Santiago de Compostela, Pareja de Entrepeñas, etc. Además, el Centro organizó reuniones en Stuttgart (1963), Salzburgo (1962), Bruselas (1958, 1965, 1970 y 1971), París (1962 y 1964), Chateau Portey (1967 y 1969), Burdeos (1971), Londres (1966), Roma (1967), Vaduz (1968), Lisboa (1962 y 1966) y Funchal (1969).

Estos congresos trataron, por lo general, de los problemas sociales europeos, de seguridad y de ayuda para el desarrollo de Iberoamérica y África; e igualmente problemas como el de «La rebeldía de la juventud» en 1969, tema éste que no estaba ligado únicamente al tema europeo.

Hay que decir, para comenzar, que el concepto de europeísmo defendido por la inmensa mayoría de los miembros del C.E.D.I. coincidía, en no escasa medida, con el que Charles de Gaulle mantenía como proyecto de la “Europa de las Patrias”, una federación de Estados soberanos donde las naciones mantuvieran una fuerza estructuradora determinante. Así lo manifestó Manuel Fraga Iribarne — y no sólo él, como tendremos oportunidad de ver en lo sucesivo — rechazando explícitamente cualquier solución confederal: «Europa sólo puede ser una siendo varias a la vez. No habrá más Europa que la Europa natural, la Europa de las realidades, porque no puede borrarse el sentido de la patria (...)». La forma política de la complejidad europea está en la línea de la federación de Estados, pero sin anular su respectiva personalidad internacional, y con una amplia autonomía constitucional e institucional¹⁷.

Alberto Martín Artajo intentaba, en un sentido análogo, fundamentar la idea de Europa en las aportaciones filosóficas de los teóricos españoles del derecho natural católico: Suárez, Covarrubias, Luis Molina y en la encíclica de Juan XXIII *Mater et Magistra*. De tal perspectiva emergía Europa como una entidad cosmopolita, es decir, como vehículo de la cooperación de la multiplicidad de las naciones europeas y de sus círculos culturales dentro de las diferencias de sus espíritus nacionales: «(...)

17. C.E.D.I., *Europe en mutación*, Madrid, 1963, p. 138.

por la amplia y profunda tradición que tiene en España el Derecho Internacional, la idea de comunidad de naciones y la convicción íntima de que se deben, en virtud de la solidaridad entre los pueblos, recíproca ayuda unos a otros, y que los poderosos deben protección, tutela y apoyo desinteresado a los que lo necesitan»¹⁸.

El I Congreso Internacional del C.E.D.I., celebrado en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander del 17 al 22 de agosto de 1952, centró su atención en el tema de la situación política, cultural, social y económica europea, temas genéricos que fueron desarrollados por Albert de La Pradelle — profesor de derecho internacional en la Sorbona —, C.F. Beales, Michael Schmaus — rector de la Universidad de Munich —, el teórico corporativista francés Louis Salleron, el filósofo integrista Marcel Clement, el príncipe de Waldburg-Zeil, etc. Igualmente anodino resultó el II Congreso, celebrado en Madrid, del 21 al 30 de septiembre de 1953, que versó sobre el tema de *Unión Europea y Unión Iberoamericana*, contando con la presencia de Freiherr von del Heydte, el Conde François de la Nöe, Sánchez Bella, Eduardo Víctor Haedo, Maurice Cliquer, Paul Wilhelm Wenger, José Solís, etc. Más interesante resultó, sin embargo, el III Congreso, del 30 de agosto al 4 de septiembre de 1954, donde se planteó *La construcción federativa de una Europa cristiana*, en el que intervinieron el Marqués de Valdeiglesias, José Antonio de Sangroniz — Marqués de Desio —, André Toledano, Luis Sánchez Agesta, quien criticó los supuestos de la constitución de Strasburgo, a la que calificó de “ortopédica”; los generales Antonio Alcubilla, Eberbach, Revers, quienes trataron el tema de la defensa europea; Alberto Martín Artajo y Otto de Habsburgo. Las resoluciones del Congreso fueron las siguientes: necesidad absoluta de un tratado tan completo como fuera posible entre Francia y Alemania. 2. destacar la insuficiencia evidente de los proyectos de integración y de la constitución europea elaborada en Strasburgo. 3. urgencia de la creación de un ejército europeo, donde la integración debía comenzar por los escalones más elevados. 4. importancia vital para el porvenir de Europa de promover la realización inmediata de una Europa nueva sobre la base de los principios cristiano¹⁹.

Es preciso destacar, en ese contexto, la intervención de algunos miembros españoles del C.E.D.I. en el VIII Congreso de la Unión Paneuropea, que tuvo lugar en Bad Ragaz (Suiza) en septiembre de 1957.

18. C.E.D.I., “*Le problème social a l’échelle internationale*”, Madrid, 1963, p. 16.

19. C.E.D.I., “*Regards sur l’Europe contemporaine*”, Madrid, 1955, p. 220 y ss.

La delegación española estuvo integrada por Fernández de la Mora, el Marqués de Valdeiglesias y el vicepresidente del Instituto de Estudios Europeos de Barcelona. La presencia de los delegados españoles fue debida fundamentalmente a las gestiones del archiduque Otto de Habsburgo. En la sesión de la tarde, dedicada al estudio de los proyectos de resolución I y II, convocando a los gobiernos europeos para que estudiaran conjuntamente «en qué condiciones se podría convocar rápidamente una Asamblea Constituyente Europea, nacida de elecciones directas, y cuya misión sería la de proponer a la ratificación de los pueblos y de los parlamentos un conjunto de disposiciones institucionales, creando entre ellos los lazos permanentes de una Asociación política indisoluble». Fernández de la Mora intervino para proponer la supresión del vocablo “directas”, alegando que ésta era una precisión de tipo reglamentario y adjetivo impropia de una resolución general; y que, por tanto, era tan absurdo exigir que las elecciones fueran directas como pretender que se realizaran por sistema proporcional y de lista única. Estas eran cuestiones ajenas al Congreso; y añadió, además, que la autoridad representativa de un grupo o de una persona no estaba necesariamente ligada al carácter electivo directo. Señaló que, por razones económicas o de principio, no querrían organizarlas. La intervención de Fernández de la Mora provocó un largo debate. Finalmente, el senador francés Pajot, de acuerdo con Fernández de la Mora, propuso una fórmula de concordia: la sustitución de la palabra “directas” por “elecciones populares”, siendo la propuesta aprobada por mayoría²⁰.

Con el tiempo, las reuniones de C.E.D.I. estuvieron enfocadas hacia el planteamiento y solución de los problemas concretos que suscitaba el tema de la unión europea. *Europa en la Era Atómica* fue el título que presidió su V Congreso internacional, en el que intervinieron Michael Yver, Henri Sacquet, Aniel Quiroga, Dauphin Meunier, Paul Wilhelm Wenger, Jaroslav Stetzko, Hans Joachin von Merkatz, el Conde de Montarco, Juan Zavala, José Solís Ruíz, Joaquín Ruíz Giménez, Fernando Olivie, Maximilian Quenum, Ugo Sola, etc. Las conclusiones del Congreso fueron las siguientes: en lo relativo a los aspectos políticos: el restablecimiento de la consciencia de seguridad y de la fe en un mundo espiritual, a través de los fundamentos de la fe cristiana, único medio capaz de educar a las minorías dirigentes y dar sentido a su acción en el mundo. En lo relativo a los aspectos económicos: creación de un organismo sobre la energía atómica para todos los países de la Europa Occidental, persuadiendo, sin embargo, que esta organización no podrá nacer sin tener en cuenta las diferencias de potencial económico y de evolución social existente en los países europeos.

20. “Reino”, n. 5, 9 de noviembre de 1957.

En ese sentido, el C.E.D.I. formulaba las recomendaciones siguientes: toda organización europea de la energía atómica debía estar abierta a la participación de todos los países europeos que lo desearan, con la sola excepción de los países bajo influencia soviética. Con el fin de asegurar la participación de los países interesados, era preciso establecer las líneas de actuación que unirían a los miembros de la organización. Un sistema de acuerdos multilaterales y bilaterales determinaría las obligaciones de cada miembro a través de una organización central destinada a asegurar el respeto de las obligaciones y, sobre todo, de la utilización pacífica de las informaciones obtenidas en común. Los representantes de cada país tendrían un lugar en los órganos de funcionamiento de la institución, según la disposición contenida en sus reglas internas²¹.

Otra de las preocupaciones del C.E.D.I. L'era la situación de los países iberoamericanos y sus relaciones con Europa. La X Reunión Internacional, celebrada en junio de 1961, contó con la asistencia de políticos, financieros, profesores y periodistas de Alemania, Argentina, Austria, Bélgica, Brasil, Chile, República Dominicana, Colombia, Costa Rica, Cuba, El Salvador, España, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Grecia, Guatemala, Haití, Honduras, Irlanda, Liechtenstein, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Uruguay, Venezuela, Ecuador y Puerto Rico.

Manuel Fraga desarrolló el tema *Tendencias políticas de Hispanoamérica después de la II Guerra Mundial*, describiendo la situación de las sociedades sudamericanas como sumamente conflictiva, debido a la superposición de diversos estadios de desarrollo social en su seno. De un lado, la persistencia, en la mayoría de estos países, de la gran propiedad agraria y de un sistema social y político profundamente oligárquico; de otro, la penetración del capital extranjero y el enorme crecimiento de las comunicaciones y de los medios de difusión colectiva, hechos que comenzaban a transformar la realidad social, produciendo, con su interacción con la realidad anterior, un proceso de carácter revolucionario, lo cual exigía «nuevas formas políticas, propias de una etapa social también nueva», consistente en un nuevo nacionalismo y un nuevo tipo de democracia “funcional”.

El chileno Silva expuso el peligro comunista que amenazaba al conjunto de Iberoamérica, comenzando por el propio Chile y Brasil. Como resumen de su conferencia, dijo que «en cuatro años más Hispanoamérica será la nueva China comunista». Como contrapeso a tal amenaza, estaba el catolicismo. Sin embargo, la situación de la Iglesia, y en ello incidió el Príncipe Starhenberg, era muy difícil, principalmente por la falta de sacerdotes, la acción del protestantismo, el espiritismo, la superstición y la masonería; las profundas diferencias sociales, etc.

21. *20 años del C.E.D.I.*, Madrid, Editora Nacional, 1971, pp. 120 y ss.

La situación económica de los países americanos fue estudiada, en una sesión presidida por el ministro de Comercio Ullastres, por el francés Albert Metral — expresidente de la Federación de Industrias Mecánicas de Francia —, quien señaló como sus características más llamativas la disminución de la producción agrícola y el aumento de la población; de lo que se deducía la necesidad de estabilización de los precios y de las materias primas, así como de elaborar proyectos de reforma agraria.

Las conclusiones de esta reunión fueron las de procurar el apoyo europeo organizado y continuo para el desarrollo de las actividades religiosas en Hispanoamérica; la búsqueda de «un mejor equilibrio social y de la evolución del nivel de vida»; la creación de una comisión bajo la égida del C.E.D.I. que elaborara un plan de desarrollo económico para el conjunto de los pueblos de América del Sur²².

La XII reunión, celebrada en junio de 1963, trató un tema más directamente ligado a la problemática estrictamente europea, como era el de *Europa en mutación*. En ella se plantearon temas como la situación de la O.T.A.N.; la marcha del Mercado Común; las dificultades entre Gran Bretaña y el Mercado Común; el tema del armamento atómico europeo; la unidad de Europa «partiendo de la realidad indiscutible de las Patrias»; las relaciones con la URSS; la coexistencia pacífica, etc.

El alemán Franz Josef Strauss, en su ponencia sobre *Europa dentro de la Otan*, señaló que, aunque la identidad de intereses defensivos entre Europa y Estados Unidos no podía ponerse en duda, no siempre era fácil traducir esa solidaridad en el marco estratégico y político. Era preciso, pues, discutir desde la perspectiva europea la estrategia — sobre todo, en el tema del reforzamiento de la disuasión para el acrecentamiento de las fuerzas convencionales en Europa — a seguir; y habría de darse a Rusia la impresión de que la guerra convencional de gran envergadura no era posible: «Es preciso — señaló luego — no caer en el error de un desmantelamiento nuclear de Europa, y menos aún en el de establecer una jerarquía en la gama de intereses de seguridad entre los aliados europeos».

La única solución capaz de asegurar el futuro era reunir en el pool europeo las fuerzas nucleares británicas y francesas. Las disensiones entre los distintos representantes eran, por otra parte, evidentes con respecto a la construcción europea. Mientras que Birger Hagard expresó el criterio de que una Europa económicamente unida diese nacimiento a una federación de estados, de la cual debía surgir un Estado federal, el suizo Münts afirmó su deseo de que su país siguiera manteniendo su tradicional neutralidad, onservando sus características propias. Y el portugués Adriano Moreira se preguntaba:

22. C.E.D.I., *El Occidente en esta hora de Iberoamérica. X Reunión Internacional del C.E.D.I.*, Madrid, 1961, pp. 48-50, 165-176, 230-234 y ss.

c «¿De qué Europa se trata cuando se habla de Europa?», denunciando, a continuación, a la Europa de los Seis, refugiada en «una economía del bienestar, al propio tiempo que dialogan sobre la agonía de la Europa del frente marítimo, que es en la que se encuentra Portugal por su fondo multicultural y multirracial». «En razón de estas características — continuaba Moreira — Portugal no puede acompañar a una Europa que le obligue a renunciar a sus estructuras fundamentales, aunque se sabe parte de Europa».

La intervención más vehementemente nacionalista fue la del francés André Michelet — miembro del Consejo Constitucional de la República Francesa —, quien reprochó a los democristianos su repulsa del patriotismo y a los socialistas su internacionalismo, cuando estaba claro que «Europa ha de asentarse sobre la base de esa realidad que son las Patrias». Acusó a Estados Unidos de comportarse con Europa como una «suegra», es decir, «metiéndose en muchas cosas que no son de su incumbencia ni le importan», especialmente en el tema de la descolonización, «en la que los Estados Unidos impusieron no sólo sus directrices, sino sus imperativos». Finalmente, se leyó una resolución conjunta, cuyos puntos esenciales eran: destacar la importancia mundial de Europa, cuyo camino hacia la unidad era «una fuerza histórica irreversible»; resaltar el rol «esencial y distinto» de Europa en la O.T.A.N.; evolución de la comunidad europea en un doble sentido: intensificación de las cuestiones internas, hasta llegar a «la organización de la voluntad política común»; y ensanchamiento de nuevas adhesiones, como las de Portugal y España, y, en el futuro, la de los países ex-comunistas; mantenimiento de la estrategia de disuasión, etc.²³. La Europa en mutación de 1963 se convirtió en 1964 en la Europa espectadora de la “distensión” entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El tema principal de la XIII Reunión Internacional fue el papel de Europa ante la llamada política de “distensión”. En la inauguración del congreso, Alberto Martín Artajo señaló con preocupación, que era común a los allí reunidos, por la forma en que Estados Unidos llevaba a cabo su política sin apenas contar con Europa: «Si América distiende, si se desarma, Europa queda imbele e indefensa. Y si se monta el nuevo orden internacional sobre la convivencia pacífica con los países del campo comunista, la Europa occidental no debe ir a la zaga...». Con respecto a dicho problema, el C.E.D.I. hizo una declaración, en la cual no se rechazaba la “distensión”, a la que se consideraba como «un estado de hecho», señalando que lo que era preciso es darle un claro contenido político, exigiendo una política internacional «adecuada que haga fecunda esta situación». Europa no podía ser mediatizada y, en consecuencia, necesitaba alcanzar una solidaridad real, cifrada en tres objetivos:

23. C.E.D.I., *Europe, en mutation*, Madrid, 1962, pp. 35-36, 40-41, 60-62, 150-153.

institucionalización de la solidaridad política y económica, coordinación de la política internacional, unidad de acción, cuyo modelo sería el tratado franco-alemán. Al mismo tiempo, se subrayaban como “intereses vitales” europeos la solución del problema alemán²⁴.

Más concurrida estuvo la siguiente reunión internacional, celebrada en El Escorial, y cuyo tema fue *El problema social a escala internacional*. Ante todo, destacó la presencia de la plana mayor del franquismo intelectual: Fraga, Juan Benyto, Miguel Cruz Hernández, Luis Legaz Lacambra, Adolfo Muñoz Alonso, Román Perpiná y Grau, Luis Sánchez Agesta, Vicente Rodríguez Casado, Fernández de la Mora.

En el acto de apertura, Martín Artajo señaló el peligro comunista, que planteaba la lucha de clases a nivel mundial y la conveniencia ineludible de que Europa, y en primer lugar las naciones más poderosas de su entorno, impidiesen la penetración del marxismo, mediante la ayuda económica a los países en vías de desarrollo. La pregunta fundamental que surgió, a lo largo del congreso, era la de la posibilidad de que el sistema comunista pudiera alcanzar o superar el nivel de desarrollo económico de los países capitalistas, en particular a Europa y los Estados Unidos. Robert Strausz-Hupé señaló, en ese sentido, «la anchura del foso que separa aún a la Rusia comunista de sus deseos de saltar hacia adelante» y la baja calidad de sus bienes de consumo. La tarea de Estados Unidos y de sus aliados era «trabajar con ardor y unir sus inmensos recursos para un esfuerzo común». Tampoco el marxismo podía convertirse, según los miembros del C.E.D.I., en la filosofía política de los países en desarrollo. El marxismo no podía arraigar en África, ni en Iberoamérica, por la influencia en ambos continentes de las perspectivas religiosas. Luis Legaz Lacambra insistió en la urgencia de que se elaborara la filosofía política de los pueblos nuevos, que debía adaptarse a las nueva situación social y política. «Es el gran momento del derecho natural cristiano», afirmó.

En la resolución final, el C.E.D.I. señaló que los éxitos obtenidos por el Mercado Común hacían de los seis países que lo componían el núcleo de la futura construcción europea, a partir de la cual debía producirse una doble evolución. En el plano económico, una ampliación geográfica de la Comunidad, respetando su cohesión interna por la adhesión de los países que pudieran aceptar la integridad de los tratados de Roma, y por la asociación de aquellos, cuya entrada en la Comunidad no fuese posible en aquellos momentos; en el plano político, la puesta en marcha como primera etapa de los proyectos iniciados respecto de la construcción de la unidad europea, fundada sobre la cooperación orgánica de los Estados miembros en el terreno de la política exterior y de la defensa.

24. C.E.D.I., *Aspects de la politique de detente*, Madrid, 1963, pp. 15-16, 220-222.

Se subrayaba, asimismo, que ni las diferencias entre los regímenes interiores ni los compromisos de neutralidad suscritos por ciertos países, no debían ser obstáculos para esa asociación. El fundamento de la unidad europea no podía ser otro que el “ideal común” inspirado en los principios del cristianismo, «para el cual son valores esenciales la dignidad y la libertad de la persona humana y la finalidad de las estructuras sociales en orden al bien común». La unión europea se concebía como la respuesta al «desafío que lanza el mundo comunista» con respecto a los países subdesarrollados²⁵.

Las reuniones del C.E.D.I. continuarían en el mismo sentido hasta los años Setenta. Los preparativos, primero, y luego la Conferencia de Helsinki y las esperanzas puestas en sus resultados condujeron a la pérdida de importancia del C.E.D.I., que, además, vio desaparecer a no pocos de sus dirigentes, como el Marqués de Valdeiglesias, Pérez-Embid o Martín Artajo, en el transcurso de los años Setenta. El propio Sánchez Bella, su gran promotor, hizo hace poco tiempo balance de las insuficiencias y rémoras con que el proyecto europeo conservador patrocinado por el C.E.D.I. hubo de chocar a lo largo de su existencia: «Carecimos de interlocutor político español, de una exacta conciencia de nuestras reales posibilidades y, a la vez, del suficiente conocimiento de los aires del tiempo que vivimos, más propicio que nunca a la indebida ingerencia en cuestiones internas que desde fuera habitualmente se desconocen. En tema tan vital nuestro orgulloso nacionalismo fue una rémora»²⁶. La incorporación de España y Portugal a las Comunidades Europeas pareció, sin embargo, a algunos de sus miembros una ocasión óptima para relanzar la durmiente asociación. Representantes de Alemania, Austria, Bélgica, España, Francia y Liechtenstein se reunieron el 17 de octubre de 1986. La consecuencia más importante de la reunión fue la designación del nuevo presidente internacional, Paul Vakerhoven, que sustituyó por cuatro años al Conde Hans Huyn. El tema de la reunión fue el de los *Fundamentos de una sociedad libre*. La intervención más significativa fue la de Hans Huyn, quien hizo un balance apocalíptico de la situación política internacional, en vísperas, según él, de la «tercera guerra mundial». Europa se encontraba indefensa por su permisividad con respecto a las izquierdas. Su alternativa no podía ser otra que una clara definición de los principios de la política occidental frente al mundo comunista, poniendo en práctica los principios establecidos en Yalta y reiterados en Helsinki respecto a la autodeterminación y elección libre de los pueblos del Este²⁷.

Con todo, y a pesar de las insuficiencias de su acción, que fueron también las de toda una época, sus promotores cubrieron la función de promocionar el ideal europeísta en unos ámbitos y una sociedad poco permeables aún a tales planteamientos.

25. C.E.D.I., *Le problème social a l'échelle internationale*, Madrid, 1963, pp. 15-16, 230-233 y ss.

26. A. Sánchez Bella, *Franco y la cultura*, en “Razón Española”, n. 14, noviembre-diciembre 1985, p. 294.

27. E. Baladiez, *Vuelve el C.E.D.I.*, en “Razón Española”, n. 22, marzo 1987, p. 218.